

Eloy Valenzuela

Por Max. Olaya Restrepo

Nunca como en esta ocasión en la cual revivimos la memoria de un hombre notable y la recuperamos para la historia, despojada de los falsos agregados que la crónica había dejado crecer en torno a su figura, cumplimos con el lema genérico de las Academias, de pulir, fijar y dar esplendor.

Nuestra Academia cumpliendo con fervor histórico su alto cometido, viene poblando de días ceremoniales su calendario y ha engastado en los muros de las casas y de los templos del Santander grande, placas de nobles metales para recordar y hacer perenne la memoria de sus hijos ilustres. Hoy se hace pública convocatoria para impartir fallo que habrá de ser favorable, a la figura de uno de sus eclesiásticos más notables, así él no pasara de la humilde dignidad del sacerdocio y nunca hubiera podido vestir la roja púrpura del principado.

Nos entregamos hoy de corazón al análisis de la persona y de la obra del Presbítero Don Juan Eloy Valenzuela y Mantilla, a quien es justo confirmar en sus títulos de botánico, médico, geólogo, mineralogista, herbolario y caudillo de huestes comuneras revolucionarias; hombre vehemente en la expresión y en el ejercicio de sus ideas y de sus pasiones; verticalmente erguido ante los poderes perecederos de la tierra; fiel servidor de su grey y padre generoso de sus feligreses del Valle de San Juan de los Caballeros de Girón y luego de la Real de Minas de Bucaramanga, que era para entonces pequeño poblado, más tarde llamado a gloriosos destinos.

Ya no se escapará furtivo y malgeniado nuestro cura beneficiado porque la paleta de un pintor santandereano lo ha fijado al lienzo, no obstante los precarios documentos pictóricos de la época que ya se desdibujan por la acción de los años.

Que Don Juan Eloy Valenzuela fuera un eminente botánico y un autorizado médico en su época y para su sitio, no queda ya duda de ninguna naturaleza y constituye innoble atrevimiento el pretender

NOTA: Conferencia leída por su autor en la Academia de Historia de Santander y cedida especialmente para nuestra Revista.

negarle esos dos títulos para concederle apenas el de herbolario, impregnando a este último de un caritativo contenido de pobreza.

Hal hicieron y mal hacen los que todavía detractan y demeritan la memoria del Padre Valenzuela. Los herbolarios tuvieron hasta el siglo XIX y lo tendrán todavía por muchos años un arraigado y justificado prestigio en la Europa occidental y hay razones para ello. Nuestra medicina actual, de la que tan orgullosos se muestran quienes menos la ejercen y la entienden, fue hasta hace menos de un siglo una confusa mezcla de ritos, uso de plantas, triacas y sangrías y esto lo mismo en las capitales europeas que en los más apartados villorrios de Centro y Sur América. Sobrado es decir que en todo el nuevo continente, los herbolarios, llamados en nuestro rudo lenguaje vernáculo teguas o yerbateros, no podrán ser desconocidos ni desalojados de su eminente posición social y científica, porque la medicina de ahora se haya hecho técnica, mecánica o matemática.

Los herbolarios en España fueron una poderosa organización que agrupó a hombres respetables, a quienes la Iglesia autorizó a colocarse bajo la protección de un santo: San Poncio a quien ellos rindieron fervoroso culto, por manera que llamando herbolario al Padre Valenzuela se le hacía partícipe de los méritos y virtudes de la Congregación de San Poncio y no se le restaba nada de su prestigio.

Quién de nosotros no ha sido medicinado con tinturas vegetales, con emplastos de hojas o de ramas, con las simples infusiones caseras en las altas horas de la noche poblada de angustia, y cuántos no hemos recobrado el perdido bienestar? No están allí para honrar las mal llamadas yerbas medicinales, las mejores y más gloriosas plantas de la medicina, como la Digital, la Ipecacuana, la Belladona, la Passiflora, la Quina, el Opio y la Manzanilla?

No aportó América a la Europa erudita del 1600 la papa, el cacao y el tabaco? "Sin la papa, segundo alimento, después del trigo, en cuanto a la universalidad de su consumo, difícilmente ve uno cómo pudieran alimentarse al presente las poblaciones europeas. No sin cierto hondo sentimiento y simbolismo, en ocasión memorable, le fue erigido un monumento a dicho tubérculo en Braunlage (Alemania), con la inscripción: "el más grande antídoto contra el hambre" (1).

El Padre Valenzuela es una de las figuras que no hubieran necesitado ser recogidas por la Historia Académica y oficial para que las gentes tuvieran memoria de ella. No estamos pues dándole nombradía ahora a este magnífico ejemplar de Santander, sino procurando conocer y entender su vida para tomar de ella norma y ejemplo para la nuestra. Acordémonos pues previamente en que Valenzuela fue grande por sí mismo y partamos de esa premisa hacia la exploración de su existencia memoriosa y fecunda.

Es una de las vidas que se desenvuelven bajo el influjo del siglo XVIII. Dibujado en apretadas líneas el contenido de este siglo maravilloso, siglo de la libertad y del espíritu, puede compararse en sus

1) — Jaime Jaramillo Arango: "Estudio crítico acerca de los hechos básicos en la historia de la quina".

hechos y en sus hombres a los más grandes siglos de la historia de la humanidad. Es el siglo de Bolívar y Napoleón; el de Goethe y Linneo; el de Guillermo y Alejandro de Humboldt; el de Beethoven; el siglo en el que se descubre la aplicación mecánica del vapor; y que no termina en la raya del 1800 sino que su influencia, su estilo, su espíritu todo, saltan triunfantes el valladar cronológico para proyectarse sobre el siglo siguiente y prolongarse por lo menos hasta la revolución de 1848.

En este siglo el hombre retorna a la observación de los fenómenos naturales, de la que se había alejado por el influjo preponderante de la teología en la cultura. Emprende sin timidez el análisis y el escrutinio de las maravillas de la naturaleza, hace crítica de los hechos y de los hombres, no con el soberbio ademán prometeico de desafiar a Dios o de desconocerlo, sino precisamente con el de proclamarlo en todos y cada uno de los fenómenos universales.

Directamente para España y sus posesiones ultramarinas el siglo XVIII es el siglo de Carlos III. Rey renacentista y magnánimo a quien sus contradictorios enemigos bautizaron como déspota ilustrado. Fue el monarca de las expediciones científicas a sus Reynos de América y Filipinas, las cuales constituyen suficiente y perdurable título para merecer el buen juicio de la crítica histórica.

Hagamos antes de ubicar en una de ellas al Padre Valenzuela, un brevísimo resumen de esas expediciones a los Reynos de América:

La Expedición a los Reynos del Perú y Chile, creada por Cédula Real de fecha 8 de abril de 1777 y puesta bajo la dirección de Don Hipólito Ruiz y Don José Pavón, los dos discípulos más asiduos y aventajados de Don Casimiro Gómez Ortega, profesor de botánica y director del Real Jardín Botánico de Madrid. Esa empresa científica identificó y clasificó más de dos mil plantas de diferentes géneros y especies y dibujó en colores la mayor parte de ellas. Sus trabajos científicos fueron publicados en vida de su director y la memoria principal lleva por título el de: "Relación Histórica del Viage, que hizo a los Reynos del Perú y Chile el botánico D. Hipólito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788, en cuya época regresó a Madrid".

La segunda de las Expediciones Botánicas a los Reynos Americanos de Don Carlos III, también ordenada por éste en Real Cédula dictada en su Monasterio de San Lorenzo del Escorial el 10 de noviembre de 1783, otorga a Don José Celestino Mutis y Bosio el título de primer botánico y astrónomo de ella y confirma en sus cargos a quienes habían sido nombrados provisionalmente por el Arzobispo Virrey Caballero y Góngora desde el 1º de abril de ese mismo año. La nómina provisional de la Expedición era ésta: Director, José Celestino Mutis; Segundo o Auxiliar, Presbítero Eloy Valenzuela; Dibujante, Pablo Antonio García.

Nuestra Expedición Botánica tuvo sobre las demás la característica peculiar de haber sido a un mismo tiempo laboratorio de naturalistas, templo consagrado a la observación y al estudio, la candente forja donde se fundió el metal para nuestra Independencia y nuestro nacimiento como Estado soberano. Recuérdese la enumeración de las personas que en una o en otra forma estuvieron asociadas a ella y que luego sufrieron el martirio o se coronaron de gloria en la guerra de

Independencia, para ver cómo es de acertado el nombre que para todos estos heroicos varones acuñó el Profesor López de Mesa, quien denominó a Mutis y a sus inmediatos colaboradores de la Expedición Botánica, los protopróceres de la Colombia de 1810.

La influencia directa y permanente de Mutis sobre la enseñanza y sobre la cultura de las gentes del virreynato comienza casi inmediatamente después de su llegada a Cartagena en 1763. Nombrado poco tiempo después catedrático de física en el Colegio del Rosario, entabla una polémica con los teólogos y expositores dominicanos de la cual nos da cuenta muy minuciosa en su memoria el Arzobispo González Suárez. Mutis controvertió sobre la enseñanza de las ciencias naturales, porque parecíale excesivo y vistoso el ropaje teológico con que aquellos vestían la enseñanza en los Colegios de Santa Fe y porque a Mutis le pareció abusiva la intervención de la Inquisición en estos menesteres. En efecto no solo aquí sino en España, los dominicanos consideraban como una novedad peligrosa para la fe, la enseñanza del sistema astronómico de Nicolás Copérnico, el cual no convenía a los inquisidores y solo aceptaban que se enseñara en los colegios por obediencia y sumisión a la autoridad del rey, quien había ordenado expresamente por Cédula Real que fuera adoptado por las universidades y colegios, y que se enseñaran también en ellos las teorías de la mecánica celeste descubiertas y descritas por Isaac Newton.

Veamos al respecto la carta de los Padres Dominicos Rojas y Sandoval a Mutis, del 28 de junio de 1774: "Vuesa merced sabe mejor que nosotros lo que son algarazas de escuela y que últimamente, por más que vociferemos y llenemos papeles de voces, de epiciclos, excéntricos, concéntricos, elipsoides, centrífugos, centripetos, la verdad del caso sólo Dios la sabe".

Mutis elevó una representación al Virrey Guirior y a la postre la polémica teológico-científica vino a ser ganada por él.

Es indudable que de toda esta agitación que se vivía en la Santa Fe del último cuarto del siglo XVIII participó a manos llenas el clérigo Valenzuela quien como sabemos, fue discípulo predilecto del sabio gaditano mientras cumplía las cortesanas funciones de ayuda de Cámara del Virrey Caballero y Góngora. Mutis lo envolvió en la seducción de su persona como en los amplios pliegues de su manteo sacerdotal y con muy pocos aprestos materiales, pero con encendido fervor de investigadores, marcharon ambos por el camino real de Santa Fe a Facatativá, con rumbo hacia las tierras medias del occidente para localizar el primer emplazamiento de la Expedición Botánica, que vino a ser la población de La Mesa de Juan Díaz.

Ocupémonos ahora en esta narración del documento histórico mal titulado "Primer Diario de la Expedición Botánica del Nuevo Reyno de Granada".

Es evidente que el sacerdote gironés fue haciendo todos los días al caer la tarde, breves apuntamientos de las jornadas de campo y descripciones botánicas de algunas de las plantas estudiadas por Mutis y por él. Pero no tituló su obra con el socorrido nombre de Diario, sino que siguiendo la costumbre de la época usó un título amplio y descriptivo que reza: "Apuntamientos por lo perteneciente o concerniente a Ma-

riquita y al viaje que hacíamos a ella por julio de 1783, que hace el Presbítero Eloy Valenzuela”.

El original manuscrito de este libro que reposa en nuestra Academia, lleva un título apócrifo de Diario de Mutis. El Padre Lorenzo Uribe, S. J., notable escritor botánico y científico antioqueño, rectificó lo concerniente al título y a que la obra hubiera sido escrita por Mutis (Revista Javeriana de Bogotá, número 189. Octubre de 1952. Páginas 228-230). Esta misma rectificación vuelve a aparecer de nuevo en el tomo XXVII de la Edición Monumental de la Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reyno de Granada (2).

Con la lectura atenta de este documento se puede demostrar cómo Valenzuela no fue simplemente un aficionado a la botánica, sino un erudito estudioso que aprendió al lado de Mutis, quien era un botánico de verdad, los fundamentos esenciales de esa ciencia. Vistos a la luz de hoy cuando la botánica, como todas las ciencias naturales aplicadas, ha ensanchado y profundizado notablemente su contenido y su campo de acción, y se ha visto obligada a fragmentarse en especialidades, es claro que resulta insostenible la afirmación de que Valenzuela fuera un gran botánico. En su época no se usaron ni el micróscopo ni el microscopio para el estudio de los tallos y de las raíces; no se aplicaron las leyes de la genética a la clasificación botánica. No podían hacer más que primorosas descripciones exteriores, es decir de la morfología exterior, porque la ciencia no había avanzado más allá, ya que sólo unos cuantos años después se introducen la microtomía y la microscopía al estudio de las plantas.

Recuérdese sin embargo que Mutis y Valenzuela correspondieron ambos con el botánico sueco Linneo y léase de nuevo la lista de los libros de botánica y ciencias naturales que ellos tuvieron a su alcance, lista publicada por vez primera en la memoria del Arzobispo González Suárez.

En la edición definitiva y monumental de la flora, es donde se echa de ver cómo no fueron sencillos herbolarios sino auténticos hombres de ciencia estos hombres iluminados por la fé en Dios y por el amor a su rey.

El Padre Eloy estuvo un año y muy breves días en Mariquita haciendo en varias ocasiones el papel de director encargado de los trabajos de la Expedición, por cuanto Mutis se alejaba de la sede para atender por encargo del virrey los estudios y trabajos de minería en los placeres de plata de Santa Ana (Mariquita) y en el Real de Minas del Sapo de Ibagué.

He gozado espiritualmente, ya en la infancia y desde mis primeras salidas a la ilímite llanura del pensamiento, en recrear el ambiente de mi tierra natal cuando ella fue escogida, honrándola para ser el excenario principal de la Expedición Botánica. No más de seis calles un tanto angostas y empedradas con redondos cantos, de caprichosas irregularidades en su trazo, que obedecían a la necesidad de defenderse de la silenciosa flecha indígena, formaban el casco urbano de la

2) — Ediciones Cultura Hispánica.

colonial y virreinal Mariquita de 1783. La voz de las argentinas campanas de sus siete templos, fundidas con la plata de sus minas y colocadas en lo alto de las espadañas de sus conventos y de sus oratorios, llamando a la feligresía al oficio divino, eran toda la música que se escuchaba en esa tranquila villa declarada desde Felipe III, “**Cibdab muy noble y muy leal con Escudo de Armas y Reales Derechos**”.

“Grande fue la preponderancia que alcanzó Mariquita hacia la segunda mitad del siglo XVI, dice el historiador Carlos Convers Fon-negra. El descubrimiento de minas de plata hecho en 1564 por el capitán Hernán Vanegas Carrillo de Monosalvas, fue causa principalísima para que la ciudad marchara por las vías de la prosperidad. Le fue concedido por el monarca español título de ciudad y escudo de armas, en el que aparece un manojo de saetas atado con lazo, las plumas altas y los hierros bajos. Se edificaron magníficos conventos de franciscanos de los que al presente no quedan ni los cimientos.

“Estaba dotada de un excelente y bien acondicionado hospital bajo la advocación de San Juan de Dios, que lleva hoy el nombre de San José. La primera Casa de Moneda que España construyó en América fue la de Mariquita y todavía pueden admirarse las ruinas de esa imponente y formidable edificación, marcada con el sello indeleble de la majestuosa arquitectura colonial. Tres ermitas dominaban la ciudad, extendiendo sobre ella su sombra protectora y veneranda. Hoy solo se levanta a pesar del transcurso demoledor del tiempo, la Ermita del Cristo, llamada así por guardar dentro del sagrado recinto un Cristo de tamaño natural de los más bellos y artísticos que puedan hallarse en Colombia, venido de España con destino a Mariquita donde solícito vela por sus vecinos desde el siglo XVI.

“Con tan rápido y sorprendente adelanto faltó poco para que Mariquita hubiera arrebatado a Santa Fe el honor de ocupar el primer puesto entre las ciudades de la república, y fue entonces cuando se pensó en erigirla como capital del Nuevo Reyno de Granada... “Una sola desdicha, según Piedrahíta, aquejó a tan magnífica ciudad: el haber sido sus minerales sepulcro lastimoso de los indios del Reyno” (3).

¡Oh tierra de mi infancia y de mis eternos amores! En tus tranquilas y soleadas calles coloniales encontré reposo definitivo el fundador de Santa Fe de Bogotá. Bajo tu sombra acogedora nació uno de los más notables y eruditos hombres de la colonia española, el fidal del virreinato Don Francisco Antonio Moreno y Escandón. Tus solares y potreros, tus suaves colinas, tus llanuras abiertas y cálidas fueron el natural escenario para el memorioso discurrir de los sabios más auténticos que ha tenido la patria. Por todo tu ambiente de española villa, quedó flotando la memoria del sabio gaditano, que te exaltó y te hizo célebre y notoria en la Europa ilustrada del siglo XVIII. El correo de ultramar llevaba hasta ti cartas de Upsala, de Gotemburgo, de Madrid, de París y de Roma y tu nombre indígena, femenino y sonoro, lleno de encanto para los peninsulares, se pronunció durante un cuarto

3) — Indudablemente el paludismo y un violento brote de viruela, diezmaron a Mariquita. En 1806, llegó hasta ella la Expedición de la vacuna.

de siglo en los más ilustres centros de estudio y de enseñanza del mundo occidental.

Era porque bajo la sombra tibia y undosa de tus ceibas y de tus gualandayes, se gestaba una epopeya científica fundida en el amor a la ciencia por la generación que pocos años adelante iba a dirigir la magna empresa de la libertad de la Nueva Granada. He vivido recreándolas las escenas de esa Expedición, cuando en las madrugadas marisqueñas marchaban despacio y en silencio Mutis, Valenzuela, García, Rizo, Matiz y los herbolarios, peones, arrieros y demás personas de la Expedición, por las márgenes del río Gualí hacia arriba o siguiendo el cauce tranquilo de algunos de los riachuelos afluentes hasta Peñas Blancas, en busca de Passifloras, bebiendo el suave céfiro que baja por las serranías del occidente desde el Nevado del Ruiz y antes que la calor cenital los hiciera recluír bajo techo.

El clima de mi tierra es eugenésico para flores y frutas y se demuestra elocuente al paladar y al recuerdo, en la exuberancia de la persea gratísima, de la musa paradisíaca y de tantas otras frutas que han llevado el nombre de la villa en la pluma de cronistas y en la lengua de los viajeros a todos los continentes.

Bendita tierra donde habrán de reposar mis huesos, fuisteis escogida por Dios para dotarte de maravillas minerales y botánicas y para llevar hasta tu llano a los hombres sabios y buenos que desentrañaron los tesoros madurados allí bajo el calor y el azul irrestañable de tu cielo!

He contemplado en esa tierra, nostálgicos atardeceres que exaltaron la pluma de Juan Montalvo, dictándole una bella página de antología. Yo corrí por las mismas quebradas y riscos que hollaron Mutis y Valenzuela y también he recogido flores, mariposas y coleópteros vistosos; he visto deslizarse ágil y silenciosa la serpiente cascabel y me he deleitado con el canto del turpial salvaje.

En marco natural así, vivió Valenzuela 380 días de intenso trabajo. Como criollo no lo afectaba tanto como al sabio español, el duro golpe del calor del medio día que obligaba a Mutis a suspender la tarea intelectual, para refrescarse en una tina de barro natural. Alguna vez escribió estando dentro del agua fresca, que era tanta la cólera que le producían algunas torpezas de los marisqueños, a quienes él denominó "cotudos", que lo forzarían a salir del agua desnudo, imitando al sabio helénico, pero sin haber descubierto nada nuevo o útil.

Valenzuela fue a buen seguro afectado por la malaria, por los rigores del clima, por la humedad o por la impureza del agua y bien pronto tuvo que regresar a Bogotá y de allí es nombrado Cura Párroco de Bucaramanga.

Cuando se haga el balance histórico de las ciencias naturales en Colombia y de su participación en la formación de la nacionalidad, debe destacarse la importancia y la trascendencia del aporte de la Iglesia católica al cuerpo de la ciencia colombiana en general. Esa historia puede comenzar con los trabajos del viajero Padre José Gumilla, el autor de la más celebrada obra sobre el Orinoco. Por el mismo tiempo en que Mutis trabajaba en Bogotá, el Padre Diego García, viajero, observador, botánico y escritor que recorrió gran parte de las provin-

cias de la Nueva Granada, fue otro religioso entregado al estudio de la naturaleza tropical americana. En el siglo XX se destacan los nombres del Padre Enrique Rochereau, descubridor y civilizador de las tierras del Sarare; del Terciario de San Francisco Fray Marcelino de Castelví lingüista, etnólogo, antropólogo, religioso erudito que entregó su vida a la investigación, a las labores misionales y a sembrar la idea y el concepto de patria y de frontera en el rico valle de Sibundoy. Deben mencionarse con honores los nombres de Apolinar María, Daniel, Idinael de la meritoria Comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de San Juan Bautista de la Salle, que enseñaron ciencias naturales en sus colegios, manteniendo una viva vocación en las juventudes hacia las maravillas de la naturaleza. En un plan más elevado y académico los nombres de los sacerdotes Lorenzo Uribe Uribe y Enrique Pérez Arbeláez, co-autores de la Edición Monumental definitiva de la Flora de la Real Expedición Botánica.

Estos nombres entresacados de esa copiosa nómina de eclesiásticos llegados unos a Colombia como misioneros y colombianos otros, entre los cuales algunos alcanzaron la elevada dignidad del principado sacerdotal, que han cultivado entre nosotros las ciencias naturales, están diciendo cómo el seminario, la casa cural y el templo forman y modelan no solo al salvador de almas sino al estudioso, al analista, al viajero y al lector infatigables. Cuando estos curas de almas ingresan a las universidades del mundo, obtienen en ellas notas suma cum laude; descuellan y triunfan dejando el nombre de su patria, sus castizos apellidos y la fe que predicán muy en alto, demostrando así que las verdades reveladas no son lastre ni obstáculo que pueda detener el espíritu en su camino hacia la perfección.

Habiendo sido el Padre Valenzuela cofundador y director de las primeras etapas de la Expedición Botánica, conviene hacer un breve examen del valor trascendente de la magna obra española y mutisiana, examen del cual se desprenda un recto juicio de los méritos de ella. Este examen proyecta su influencia sobre la persona del Padre Valenzuela, porque ninguna otra empresa de las muchas de su vida agitada, desigual y varia, tuvo tanta importancia como el haber participado él, en la Expedición.

La Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada, ya lo dijimos atrás, no fue un hecho aislado dentro del lento discurrir de la vida colonial del virreinato. Hizo parte de la serie de expediciones y misiones científicas, preferentemente geográficas, botánicas y sanitarias que el monarca español mandó a sus posesiones de ultramar. Si se compara con ellas, la nuestra fue la más modesta y pequeña y estuvo a punto de frustrarse completamente, por haber tenido que levantar sus reales de Mariquita, para trasladarse a Bogotá donde apenas se limitó a una rutinaria labor de clasificación y de ordenamiento del ingente trabajo realizado en Mariquita.

La salud del sabio director ya flaqueaba y finalmente su muerte en 1808, vino a poner melancólico final a estos admirables trabajos. No debemos ocultar que las rivalidades entre los sucesores de Mutis, entre Caldas y el sobrino de Mutis, entorpecieron también la fecundidad de la labor. Mutis no clasificó muchas de las especies recogidas, ni

dejó escritas la mayoría de sus observaciones en forma definitiva. El trabajo de sistemática botánica, de taxonomía, hubo de hacerse en forma atropellada años más tarde antes de que Enrile ordenara el empaque y el transporte de las cajas con las plantas a España.

Esto que es evidentemente cierto, no resta sin embargo méritos a la figura, ni a la obra en conjunto del sabio botánico español en Colombia. De él dice Jaime Jaramillo Arango, en su estudio sobre las Expediciones Botánicas a América: "No. En absoluto. La obra de Mutis en otros campos fue tan extraordinaria y su valor humano y científico fueron tan grandes, que su memoria no sufre quebranto por este insuceso, en mucho fuera de su voluntad.

"A este excelso y laborioso sacerdote —no hay que olvidar—, débese la creación en la Nueva Granada de la primera cátedra de matemáticas superiores que se estableció en el reino, cátedra que comprendía la enseñanza del álgebra, la geometría y la trigonometría, para cada una de cuyas materias elaboró texto y programa.

"Es debido a Mutis el primer plan nacional de estudios para la enseñanza de la medicina en Colombia. Plan concebido de acuerdo con todos los adelantos médicos de la época, el cual introducía entre otras innovaciones, la creación de una cátedra de química, como previniendo ya la importancia capital que en el siglo siguiente iba a tener la bioquímica, con los adelantos conseguidos entre otras materias, en la ciencia de la alimentación y en el descubrimiento de las hormonas y de las vitaminas. Dicho plan de estudios de Mutis, por su misma concepción, dio por otra parte un vuelco fundamental a la medicina en la Nueva Granada, sacando a ésta del campo supersticioso, empírico y teórico, al de la observación y de la investigación, es decir, enrumbándola por los postulados hipocráticos y galénicos, hoy todavía clásicos y elevándola a la categoría de sacerdocio".

Por las pruebas traídas a esta disertación, estoy firmemente convencido de que Valenzuela era un hombre de letras y de ciencias, elevadas pacientemente por su esfuerzo sobre su formación eclesiástica. Infortunadamente no encontró en su propia tierra nativa el ambiente propicio para su inquietud interior y hubo de frustrarse inexorablemente.

Cabe aquí bien traída una digresión acerca de la importancia e influencia del ambiente para el buen fruto de los talentos de los hombres.

No era este pequeño pueblo de comerciantes criollos e indígenas en 1790 y años siguientes, buen ambiente para que un hombre letrado pudiera desenvolver sus proyectos y dar cumplimiento a sus planes ambiciosos. Muchas gentes estaban de lleno dedicadas a la minería y a la agricultura, empleando en ambas actividades métodos rudimentarios recibidos de los indios y bien sabemos que nunca han sido mineros, agricultores y comerciantes buen auditorio para intelectuales. He tratado de recrear al Padre Valenzuela buscando ambiente para sus lecturas de botánica, de medicina o de mineralogía, en medio a las pequeñas cotidianas preocupaciones de sus feligreses; atendiendo los casos de enfermedades habituales de sus vecinos y literalmente asfixiado por el clima de chismografía que invade todas nuestras actividades. En escenario así el hombre lucha unos cuantos años hasta el agotamiento y el cansancio, para luego abandonar y tirar sus ideales en el más os-

curo rincón de la casa. El Padre Valenzuela fue uno más de una larga e inacabable lista de hombres frustrados. No volvió a descollar nunca después de su breve colaboración en la Expedición Botánica, la cual sin embargo no logró insuflarle como a otros el amor y el fervor por la independencia.

Don Juan Eloy ejerce en Bucaramanga y en la provincia aleña las funciones de médico; estudia, practica y prodiga una medicina empírica pero no con hechicerías ni sortilegios.

El había sido discípulo de Mutis en las cátedras de matemáticas y física que este dictara en el Colegio del Rosario y además era bachiller y cura, es decir tenía bases sobradas para entender las enseñanzas del sabio gaditano y trasladarlas luego a la práctica. Que la medicina de esa época fuera apenas aproximativa, de ello no es culpable Valenzuela.

Para situar adecuadamente al Padre Juan Eloy Valenzuela como médico de Bucaramanga en los albores del siglo XIX, comparemos las Históricas Clínicas dejadas por Hipócrates en los libros I y III de "Las Epidemias" con las anotaciones marginales escritas por Valenzuela en los libros parroquiales, que fueron hace algunos años exfoliadas y publicadas por Don Pedro Elías Novoa y el Dr. Martín Carvajal:

Dice Hipócrates en una de sus cuarenta y dos historias:

"Enfermo primero. - Filisco vivía junto a la muralla, se encamó.

Primer día: Fiebre aguda, sudor, noche penosa. Segundo día: Exacerbación general; por la tarde con un lavado, evacuaciones favorables; la noche tranquila. Tercer día: Por la mañana, hasta medio día pareció quedar apirético; hacia la tarde fiebre aguda con sudor y sed; la lengua se desecó; orinó negro, noche penosa; no durmió; toda clase de alucinaciones. Cuarto día: Agravación general; orinas negras. La noche más soportable, con orinas de color más favorable. Quinto día: Hacia el medio día fluyó de su nariz un poco de sangre no mezclada, la orina varió de color, con nubéculas redondeadas como el esperma, que no dejan depósito".

En la Partida 802 dice el Padre Valenzuela:

"El hombre padecía de gálico y de algunas molestias al bazo y esto último desde unas tercianas que se curó con la quina. Hacía algunos meses que se le hinchaban los pies y tenía el vientre completamente abultado. Su rostro siempre encendido, abotagado; las orejas en mal estado y los extremos de los dedos regordidos e insensibles, según algunos. De resultas de una indigestión se le abultó mucho el vientre, le entró fatiga y se le acortaron las evacuaciones ordinarias. La poca orina era muy encendida. . . Fue necesario recurrir a la paracentesis en que se estrenó un bárbaro de Girón y aunque con lentitud y trabajo, se le sacaron más de veinte libras de agua muy amarilla".

Yo os digo que es impresionante el parecido entre la observación hipocrática y la observación del Padre Valenzuela, lo cual demuestra que éste último, seguramente conocía los escritos del sabio helénico y que además había sido formado en esas disciplinas, es decir, que ejercitaba una medicina de clara estirpe y filiación hipocráticas.

Don José Joaquín García en sus "Crónicas de Bucaramanga", se refiere así a los conocimientos del Padre Valenzuela: "Sus conoci-

mientos en las ciencias naturales y particularmente en la botánica, le permitieron ejercer la caridad, recetando constantemente a cuantos ocurrían a él con alguna dolencia; y su ciencia acompañada de la fe y veneración que inspiraba el augusto carácter de que estaba investido, alcanzaba muchas veces los mejores resultados en los enfermos que se le encomendaban. Indicaba por lo común en sus recetas el uso de las substancias vegetales y de aquí proviene que aún en el día, entre las personas de ese tiempo que existen en la ciudad, se deje conocer marcada resistencia a medicarse con productor animales o minerales, para lo cual ellas alegan los conocimientos del Padre Valenzuela. Para esas gentes sencillas, la medicina no ha dado un paso más allá de donde iba en vida de su cura predilecto”.

Debe destacarse en un estudio como éste, la asociación del sacerdocio con el ejercicio de la medicina. Desde siglos atrás se le ha conferido a la medicina humana el carácter y el mérito de ser un sacerdocio. Esta calificación brumosa y más literaria que apoyada en hechos demostrables, vino por ello perdiendo significación y fuerza, lo cual es lo mismo que decir que médicos y sacerdotes se fueron distanciando en la historia y en la práctica. La realidad científica más cercana y actual es la de que la medicina por el camino del diálogo, de la compenetración y de la transferencia, ha vuelto a acercarse a los más profundos estratos del alma de sus pacientes, mientras que las formidables técnicas de que la ha dotado el prodigioso avance de las ciencias en los últimos 150 años, le permiten hoy día explorar con el microscopio electrónico, con los rayos de Roentgen y con la aplicación de la bioquímica, profundizar hasta más allá de la composición del núcleo de la célula.

Este aprovechamiento simultáneo de técnicas penetrantes en el alma y en el espíritu del hombre, es lo que ha vuelto a conferirle a la medicina de nuevo su carácter de sacerdocio, ahora sí apoyado en leyes, en técnicas, en estadísticas, en hechos absolutamente demostrables y que pueden ser provocados y repetidos a voluntad, es decir se le ha dado a la calificación de medicina sacerdotal una firme base de sustentación de que carecía hasta el siglo XIX.

Quiero permitirme hacer ante vosotros el estudio paralelo de tres vidas que se me parecen a mí notablemente semejantes y coincidentes. En el siglo XVIII hubo en los dominios españoles tres sacerdotes católicos, español el uno, colombiano el otro y ecuatoriano de la más pura cepa el tercero, que a distancia y al parecer sin intercomunicación alguna, pensaron y vivieron la misma encendida vida de predicadores, de naturalistas y de escritores científicos.

Fueron ellos Fray Benito Jerónimo Feijóo del Monasterio de San Vicente de Oviedo; Juan Eloy Valenzuela y Mantilla de Bucaramanga en Colombia y Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, de Quito, protoprócer de la independencia ecuatoriana.

No os parece sorprendente y misterioso el que a distancia tres hombres estuvieran vinculados por la fuerza del espíritu, por una misma fe y por un idéntico amor hacia las ciencias naturales?

Feijóo desde la estrecha celda de su cenobio en Oviedo irradió para España y para la Europa latina erudita, rompiendo los velos de penumbra mágica que cubrían la mentalidad y las costumbres

españolas del siglo XVIII. Llegó en sus vigorosas campañas hasta el límite mismo que le trazara la Inquisición española, la cual rondó en torno a su celda y escarbó en todos sus escritos en busca de la menor huella de heterodoxia.

A Valenzuela no lo afectó la Inquisición, pero en cambio lo derrotaron la ignorancia, la desconfianza y la malevolencia de sus feligreses.

A Espejo lo lanzaron los inquisidores de Quito a una estrecha gehena para castigarle sus encendidos memoriales que respiraban altivez e independencia.

Todos tres estuvieron asistidos por una firme e invulnerable fe en Dios; fueron defensores de ella y comulgaron con todos los principios divinos.

Por cuatro superficies geométricas se aproximan y se asemejan entre sí Feijóo, Espejo y Valenzuela: por ser los tres hombres del siglo XVIII; por ser los tres sacerdotes; por llevar la misma impulsiva y fecunda sangre española, y por ostentar el mismo título de protomédicos en el más exacto sentido de la palabra.

Colocado así nuestro Padre Valenzuela sin adulteración ni exageración histórica ninguna, adquiere, no obstante su frustración, toda la grandeza y la magnanimidad de que debe estar rodeado por su triple carácter de sacerdote, de botánico y de médico.

Queda todavía una oscura sombra en la vida de Valenzuela que debe dejarse para servir de claroscuro y contraste a los años que han sido iluminados por la historia. Nada quedó de la obra de Valenzuela fuera de los incompletos apuntamientos del Diario. Su obra no fue continuada ni se sabe que dejara discípulos, no porque él no buscara ansiosamente adoctrinarlos, sino porque el ambiente provinciano era duro y estéril.

Nadie después de él en Santander cultivó la Botánica como ciencia y como prueba admirable y artística de la mano de Dios en la naturaleza. Nadie divulgó a su muerte violenta y traicionera los estudios, los papeles, las cartas de este Cura erudito que lo mismo que Feijóo sintió al final de su vida la amargura y el desconsuelo de saberse incomprendido.

Don Juan Eloy, según se echa de ver en las líneas de su retrato, debió tener discretos ribetes de amargura y de resentimiento que le enajenaron el afecto de sus feligreses y que le fueron cavando el hoyo fatídico donde a pocos años lo lanzarían sus criminales vecinos, los cuales quemaron y dispersaron sus papeles y trabajos.

Largos y duros años después de su muerte permanecieron eclipsadas las memorias de Feijóo, de Espejo y Valenzuela. Es la fase negativa que también rodeó al pintor Velásquez, la cual acompaña por largos años la memoria de los hombres ilustres, de aquellos que hicieron o que fatigaron la historia. Ella es como un desquite o venganza que el común de las gentes se toma contra esos hombres.

Desde ahora y para siempre el nombre, la memoria, los servicios y la gloria del Padre Valenzuela quedan definitivamente incorporados al patrimonio histórico de Santander y de Colombia y no podrán volver a ser nunca sometidos a falibles interpretaciones.